

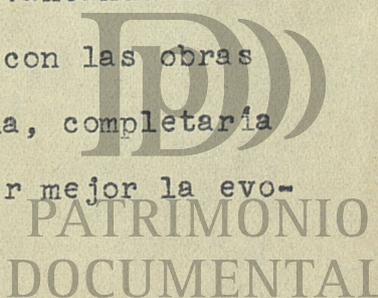
APUNTES SOBRE LA HABANA DEL SIGLO XVII

Por el Arq. José Ma. Bens Arrarte.

El investigador que estudie hoy el desarrollo de La Habana durante el siglo XVII, creemos que se encuentra en mejores condiciones que sus colegas anteriores; y esto es, porque se van publicando documentos del Archivo de Indias y aparecieron varios planos que permiten seguir con más fidelidad el proceso de la extensión y crecimiento de la Villa en esa centuria.

Cierto es también que se cuenta con diversas obras valiosas, entre ellas la Historia de las Fortificaciones hasta la primera mitad del Siglo XVII que con varios planos publicó Irene A. Wright; pero aún falta avanzar con la publicación de las Actas Capitulares al cuidado del Historiador de la Ciudad, Dr. Emilio Roig de Leuchsenring y finalmente los Archivos de las Comunidades Religiosas que aquí se establecieron, o nó han aparecido o en ellos se ha investigado muy poco.

Se nos ocurre que una historia documentada de las construcciones religiosas con las plantas y alzados de las numerosas iglesias y conventos que se fueron levantando desde el último cuarto del siglo XVI, hasta acabar con las obras de Fray Diego Evelino, el Obispo de Compostela, completaría los conocimientos indispensables para aprender mejor la evo-



lución de aquella célula urbana en su paso de presidio o ciudadela militar hasta la ciudad ya formada como la encuentra el Siglo XVIII.

Pero el estudio del crecimiento de La Habana durante el siglo XVII cuenta con un excelente punto de partida que es el plano levantado en el 1603 por el Ingeniero Cristóbal de Roda, (1) cumpliendo ordenes del Gobernador Don Pedro de Valdés; también con los planos del propio Roda de 1595, (Castillo de la Punta), y los de Juan de la Torre de 1612 (Castillo del Morro) y Andrés Valero (2), de 1627 (Castillo de la Punta) se sabe lo que estaba construido de los castillos, de los Tres Reyes o del Morro y el de San Salvador de la Punta; y lo que le faltaba al primero para su terminación, la cual tuvo lugar por el 1630, aunque después de esta fecha se ejecutaron todavía diversas adaptaciones y grandes trabajos para reparar los daños causados por los huracanes.

Sabemos que la obra máxima de la arquitectura militar que España termina en el Siglo XVII es el Castillo del Morro; al igual que en el Siglo anterior esa obra máxima lo había sido el Castillo de la Fuerza y que en el Siglo XVIII lo será la Fortaleza de San Carlos de la Cabaña.

Lástima que no hayan aparecido hasta hoy los primitivos planos de las obras de los conventos é iglesias de la misma manera como ya tenemos de las fortificaciones; aunque por haber perdurado muchos de ellos se conocen lo bastante para poder estudiarlos y analizarlos.

En el plano de la villa que nos dejó Roda del 1603, se vé cual era la forma en que había quedado la Plaza de Armas,

HERNANDEZ PATRIMONIO DOCUMENTAL

que ya no sería más Plaza de la Iglesia, después del derribo de las últimas casas que la habían obstaculizado. Allí está situado claramente el perímetro que abarcaba la Parroquial con su cementerio y al fondo el Hospital Viejo. Igualmente se distingue la manzana que ocupaba el Hospital Nuevo, que se llamaría el Real de San Felipe y Santiago.

Las áreas de los edificios que ocupaban la Aduana, la Carcel y la Carnicería frente al Litoral, están bien definidas, lo mismo que las llamadas casas del gobernador. También la fundición está claramente marcada en el sitio donde se construyó en el Siglo XIX, la que fué Maestranza de Artillería.

La llamada Cerca Vieja es la que proyectó levantar Maldonado durante su Gobierno y ella limita la superficie de la villa tal como estaba en el 1598, o sea el año en que murió Felipe II.

El emplazamiento que se le dió a la Fundición en el extremo Norte en las afueras, y las obras de los castillos de la Punta y del Morro, todo eso creó un interés de movimiento y trabajo que obligó a la célula urbana a desplazarse un poco hacia el Norte, hasta formar una punta; nombre éste que después pudo guardar el barrio, aunque ya lo tenía desde los primeros tiempos el Castillo. Esta convergencia hacia la punta se impondría a las pocas calles que allí se desarrollaron, tal como puede verse en cualquier plano de La Habana del Siglo XVIII.

Como ya dijimos en otra ocasión éste plano de Roda que está a la escala y que es de los pocos que han aparecido de esa fecha de las ciudades americanas contiene un levantamiento de

lo más correcto que se podía hacer en aquella época.

Después de este plano solo encontramos el gráfico con la vista de La Habana y sus fortificaciones que dejó en sus escritos el pirata T. Gages, quien visitó esta ciudad en el 1637; entre las fechas de esos dos documentos han transcurrido un poco más de tres décadas, y por las noticias que traen los historiadores Arrate, Pezuela y J. M. de la Torre y los estudios e investigaciones en los edificios de las iglesias y conventos que se levantaron, intentaremos describir el proceso o avance arquitectónico de la villa.

Se sabe que los Dominicos habían hecho en el 1538 la Iglesia del Rosario con el Imperial Convento que luego fué la Primera Real y Pontificia Universidad de Santo Domingo de Guzmán, y cuando vinieron en el 1578 a construir su Iglesia y Convento a La Habana ya tenían experiencia sobre la solidez que necesitaban las construcciones que se hicieran en el trópico; y creemos que aquella hermosa nave con su bella techumbre de madera que estudiamos en anterior trabajo (Revista del Colegio de Arquitectos Junio de 1930), así como también la portada principal que hacía frente a la que se llamó calle de los Mercaderes, y la entrada del Convento de la cual aún existe un medio arco, creemos que todo eso fué levantado en el Siglo XVI. Entonces existía aquí en La Habana una valiosa escuela de maestros carpinteros y constructores de barcos, cuyas obras fueron bien celebradas en España. La abundancia y riqueza de nuestras maderas les obligaba a emplearlas con preferencia en las techumbres.

Además, no es posible pensar que aquellos alarifes y maestros, como los Calona, los de la Torre y otros, que venían de trabajar en las grandes construcciones de catedrales, conventos, colegios o universidades que se levantaban en España, se conformasen aquí con labrar la piedra geoméricamente sin poder trazar en ella la más simple composición arquitectónica y permanecieran esclavos de la bóveda de cañón seguido o de medio punto y de los muros y "caballeros" que con algunas penetraciones y capialzados ejecutaban en las obras de los Castillos. La construcción de los dos conventos de San Francisco y Santo Domingo, con sus claustros y la Capilla de la Veracruz les iba a dar la ocasión.

El maestro mayor de todas las fábricas de la ciudad ejecutaría el mismo o aprobaría los planos que pudieron haber sido hechos o traído por los propios frailes. Hemos estudiado detenidamente el edificio del Convento de San Francisco que aún existe y que se empezó a construir en el 1574 para ver que partes corresponden al Siglo XVI y primeros años del XVII, y del análisis de lo allí ejecutado creemos que además de los muros exteriores, uno de ellos el que dá a la plaza con la arquitectónica portada o sea la entrada lateral de la iglesia, (3), esta obra de arte nos parece que pertenece a la época brillante del renacimiento español, aunque ya con licencias en la rotura del frontón, pero todavía con motivos de heráldica. Esta portada es bien del Siglo XVI, al igual que las bóvedas que forman el primer claustro y las de cañón seguido perpendiculares a la fachada por la calle que después

fué de los Oficios. Estas bóvedas pertenecen a Calona o a sus discípulos o sea aquella escuela de maestros canteros más los esclavos y mestizos que él enseñó que ya habían levantado el Castillo de la Fuerza.

Aumenta la creencia nuestra de que esas bóvedas pertenecen al Siglo XVI el caso de similitud o sea la misma manera de disponer otras bóvedas de medio punto perpendiculares al muro de la entrada que hemos visto en el Castillo del Morro, y de las cuales tenemos noticias en los datos siguientes tomados de la obra de Irene A. Wright:

"Durante el invierno de 1602 al 1603 trabajó Valdés en el Morro construyendo la muralla por la parte que mira la mar a la entrada del puerto, cerrando bóvedas y sacando muy buena cantería para sillería y mampostería..."

"En Julio de 1604 dió cuenta de haber acabado tres bóvedas y que la cuarta quedaría cerrada a fin de mes; también construyó otra plataforma pegada al foso de la Fuerza Vieja..."

"Ya tenía doce cañones la plataforma que hizo en el Morro que afirmó ser la mejor obra que existía en La Habana..."

El Maestro Francisco Calona había intentado construir algo que se pareciese a las obras de arte en las cuales trabajó en España antes de venir a Cuba y se sabe que proyectó una torre para la Iglesia Parroquial cumpliendo ordenes del Obispo Cabezas, pero que por falta de recursos no pudo levantarse. Este proyecto en su totalidad o parte de él debió ser aprovechado en las demás iglesias y conventos los cuales unos estaban en construcción y otros se fundarían años después.

Pero la figura de Calona el Maestro Mayor que desde el 1561 en que salió de España hasta su muerte acaecida por el 1607, trabajando en las obras de la villa calladamente, viendo pasar uno tras otro la serie de gobernadores y alcaides de las fortalezas que se sucedieron en esos 46 años, sufriendo persecuciones y hasta encarcelamiento, aunque sin perder nunca el favor real y por ende su puesto y su paga de 800 ducados anuales, esta figura se nos hace más simpática cuando origina la primera trifulca entre arquitectos e ingenieros que recuerda la historia de La Habana.

Y nada menos que escoge para enmendarle la plana y darle una lección a la que era entonces máxima lumbrera en materias de fortificaciones de su Majestad Católica, al Ingeniero Baptista Antonelli, aprovechando la ocasión del derrumbe de una parte del Castillo de la Punta, que este había levantado". Y no crea Vuestra Majestad - dice Calona - que los yngenieros saben fabricar especialmente obras de reyes que an de ser permanecederas y si solo esta fuerza se hubiere caydo dixera mas que fue la biolencia del agua mas tambien se ha caydo de una trinchera que sale de la mesma punta..." "y asi digo que si vuestra majestad quiere hacer obras permanecederas las mande hazer a quien las sepa fabricar y no a yngenieros y mas si son extrangeros".... (Carta de Francisco Calona a su Majestad Septiembre 10 de 1595).

Lástima que Calona no nos hubiera dejado en sus cartas algunas noticias de sus obras y de las fábricas de los conventos.

¿Como se encontraban las primitivas iglesias de los Conventos de San Francisco y de Santo Domingo en los comienzos del Siglo XVII?. A esto responderemos que hasta hoy muy pocos datos han aparecido y estos son contradictorios, pero por el análisis de las formas arquitectónicas y el estudio de dichos monumentos, todo eso reafirma nuestra creencia de que las dos portadas que citamos sus dos primeros claustros y sus naves con techumbres de madera, - una de las cuales la de los Dominicos la conocimos - ya estaban construidos; y estas dos iglesias con sus altares mantendrían la rivalidad artística que en España y en Europa sostuvieron franciscanos y dominicos.

Cuando el Gobernador Maldonado en el 1597 se dispuso a construir el Hospital Nuevo, pues el que existía resultaba demasiado viejo y pequeño, suponemos que debió pedir los planos al Rey o al Consejo de Indias, pues se trataba de una edificación importante que contendría 150 camas; y aun estas le parecían pocas al Gobernador pues argumentaba" que la Habana necesitaba muchas más.

Maldonado describió el sitio que seleccionó como el más adecuado por hallarse en alto, tener buena ventilación y agua próxima, la de la Zanja que pasaba por allí cerca y estar algo apartado de la villa. La Habana en esa fecha con preferencia se desarrollaba hacia el sur, por los alrededores de la Plaza de San Francisco.

Se construyeron cuatro salas, dos en el bajo y otras dos en el piso superior y una capilla; según parece el hospital nuevo se abrió en el 1599 clausurandose el que existía, pero

no estaba terminado, pues en tiempo del siguiente gobernador Don Pedro de Valdés se seguían destinando fondos para acabar las obras.

Desde los finales del Siglo XV y durante las primeras décadas del XVI en España se habían levantado cuatro grandes hospitales, los de Toledo, Granada, Santiago y Sevilla, y los maestros españoles conocían la planta casi típica de la Iglesia a un lado y las salas junto con las otras dependencias cerrando el rectángulo de un amplio patio el cual se bordeaba de galerías con arcadas. El Hospital de Medina del Campo es casi el modelo que debió orientar a los maestros que erigieron en La Habana el Hospital Nuevo. (4)

Después de unas controversias y discusiones entre el Obispo y el Gobernador que en el 1603 cumpliendo una Real Cédula se lo había entregado a los Juaninos, Orden Religiosa dedicada a la atención de hospitales, ocuparon estos religiosos el edificio y allí estuvieron hasta el 1797.

Este Hospital Nuevo debió contar primeramente con la Iglesia las salas y los diversos servicios generales bordeando el patio rodeado de arcadas. La Iglesia sabemos que tenía la entrada principal dando a la calle que después se llamó de Aguiar, por donde estaba también la otra entrada para el Hospital; al aumentarse los hermanos de la orden tuvieron necesidad de construir celdas y habitaciones en el piso alto y finalmente al siguiente siglo se amplió con otras construcciones y un segundo claustro que daba a la calle de Habana; en estos espacios del segundo patio estuvo el cementerio. Solo hemos encontrado un viejo y borroso grabado que trae la obra

del Dr. Pérez Beato La Habana Antigua y que no permite por falta de detalles, ulteriores análisis. Pero a simple vista observamos una cierta analogía entre los remates de la fachada de la Iglesia y los del otro Templo de San Agustín que se levantó en la Ciudad poco tiempo después (similitud en los dos muros de piñón).

En el 1648 la Iglesia de San Juan de Dios, que tenía su techumbre de madera, como las otras que se construyeron en este siglo en la Ciudad, fué declarada auxiliar de Parroquia.

"La erección del nuevo hospital no fué la única mejora urbana que se efectuó en la Ciudad durante este periodo. La aduana y las casas del cabildo fueron reparadas y se construyó un matadero. Se necesitaban fondos para continuar las obras de la carcel que Maldonado empezó proponiendo a la Corona el Gobernador Valdés, (su sucesor) y los oficiales reales que se vendieran los cargos de dos regimientos cuyo producto se aplicaría para este objeto". (Irene A. Wright).

Durante el Gobierno a todas luces progresista de Don Pedro de Valdés entre otras valiosas iniciativas que redundaron con un intenso trabajo en la fundición de cañones y en los astilleros, se trató de levantar en La Habana un monasterio de monjas y en el 1603 en un memorable Cabildo abierto celebrado en la Parroquial, el Gobernador explicó a los regidores, a los vecinos prominentes y demás autoridades un vasto proyecto que tendía a mejorar por todos conceptos la villa y la prosperidad de la Isla. El Historiador José Manuel de Ximeno en un notable trabajo publicado en la Revista Arquitectura,

(Agosto de 1939), sobre Las Casas que ocuparon los Capitu-
res durante los siglos XVI y XVII, después de aclarar con su-
ma minuciosidad las distintas residencias donde se reunían
los cabildos, así como las viviendas de los gobernadores nos
dá cuenta de los proyectos que presentó Don Pedro de Valdés
al citado Cabildo. El primero de ellos era la creación de
una armada de galeones de guerra para acabar con la piratería
y los rescates; seguidamente proponía se le pidiera licencia
al Rey para que fuera de flota pudieran ir de La Habana a Es-
paña cada año dos o tres navíos cargados de frutos cubanos
como se hacía en Santo Domingo y Puerto Rico. Después el Go-
bernador Valdés exponía: "Va en aumento y creciendo en pobla-
ción (La Habana) y hay en ella muchos vecinos eargados de hi-
jas que por no tener con qué casarlas conforme a la calidad
de su persona las dejan de poner en estado y quedan por reme-
diar con manifiesto peligro de perder sus honras y buena re-
putación y porque estos daños se aseguran si hubiesen monaste-
rios de monjas donde entrasen a servir a Dios".... era nece-
sario conocer el número de las que profesarían y la dote que
cada una aportaría para lo cual dos o tres personas "honra-
das y celosas del servicio de Dios", averiguaran estos datos
así como los vecinos que quisiesen contribuir para luego es-
cribir al Rey pidiéndole ayuda para las fábricas. Este es el
origen del convento de Santa Clara".

Finalmente proponía el Gobernador Valdés que se solicita-
ra la Real Autorización a fin de que "las penas de Cámara se
aplicasen en lo sucesivo, una mitad al terminar el Hospital

189

y la otra para acabar la Carcel, el Matadero y la Pescadería, pues como era notorio la Ciudad no contaba con un maravedís de propios".

Vista la alta conveniencia de los proyectos se envió a España un Delegado para las gestiones pertinentes que fueron bastante favorables y en La Habana se empezaron a recoger limosnas y donativos y con ellos pudo obtenerse el cuadrilongo contenido entre las calles que después se llamaron de Cuba, Habana, Sol y Luz, y que estaba en aquel entonces en las afueras de la Ciudad y eran terrenos dedicados a la agricultura. Corridas todas las diligencias y después de cuarenta años de recoger fondos y auxilios, y de trabajarse en las fábricas desde el 1635, pues la Real Licencia se obtuvo en el 1632, pudo al fin inaugurarse el Monasterio con su Iglesia de una sola nave, su pequeña torre y su gran claustro de arcadas, bordeando un ámplio jardín en el cual parece quedaron unas antiguas casuchas que según la tradición pertenecían al matadero y a las viviendas de sus empleados.

Felizmente esta valiosa construcción del Siglo XVII ha llegado a nuestros días y después de cuidadosas obras de adaptación y restauración en ella se encuentra instalado el Ministerio de Obras Públicas. La bella techumbre de madera de la Iglesia y la del Coro estan intactas y en la de este último puede leerse una inscripción que dice: "Gobernando el Señor Don Alvaro de Luna y Sarmiento y su Teniente General Don Fernando de Aguilar se acabó esta Iglesia año de 1643".

El estudio y análisis de sus techos de madera así como de los otros elementos arquitectónicos, columnas y arcadas del

claustro y la composición de la torre, nos sirve para conocer aun mejor las formas y los motivos que estaban en uso en aquel tiempo entre los constructores de la Ciudad, ya que sus fachadas no muy importantes han sido totalmente cambiadas.

También consiguió el diligente Don Pedro de Valdés durante su mando que el Rey Felipe III le hiciera el primer y notable préstamo de cuarenta mil ducados a los dueños de aquellos primitivos ingenios que se establecieron junto a los dueños de aquellos primitivos ingenios que se establecieron junto a la Chorrera y en las cercanías de la Zanja Real. Esta fué la primera dádiva o bautizo del erario a la industria azucarera, que desde entonces a esta fecha y para no desmentir la historia ha gozado de preminencias y favores oficiales en todas las épocas.

Pero este Don Pedro de Valdés, una de las primeras figuras de la Historia de La Habana, durante el Siglo XVII, "el devoto" como lo llama Pezuela, se nos hace aún más interesante por el discreto homenaje que tributó a las hijas de esta tierra al bautizar el excelente barco que para sí, aquí construyó con el sugestivo nombre de: "Criolla de La Habana".

Al comenzar el Siglo XVII (1604-5), la población de La Habana la componían 600 vecinos y 400 soldados de las guarniciones, "soldados estos mal pagados y descontentos de su suerte", (I. A. Wright); y contando las personas que dependían de ellos más los esclavos y transeuntes, todo esto arrojaba un cálculo de 2,000 a 3,000 almas.

El "inestimable", Fray Juan de las Cabezas y Altamirano, nombrado Obispo de Cuba, provincial de la Florida y Abad de Jamaica, llegó a La Habana en septiembre de 1603, e inmediatamente se interesó por el Hospital de la Ciudad. Además se consideró obligado por el Concilio de Trento y por determinada cédula Real a establecer un Seminario en Cuba y cumplió su propósito. De él nos dice la Wright: "buen hombre tan enérgico como persona de conciencia es en sus hechos quizás el mejor representante del crecimiento cívico de La Habana, durante la primera década del Siglo XVII".

Este Obispo en cartas a su Majestad, abogó para que se estableciese en la Ciudad un Monasterio y por la ampliación de la Iglesia Parroquial, y de acuerdo con el Gobernador Ruiz de Pereda, permitió en 1608, la fundación del Convento de San Agustín, sin contar con el Real Permiso. Dicho Convento se empezó a construir en los terrenos situados en la esquina de las calles que después se llamaron de Cuba y Amargura y como era costumbre se formó en su frente una pequeña plazuela a la que se le dió el mismo nombre de San Agustín.

El Obispo Cabezas debió ser un hombre de cultura superior y contar con grandes recursos de los diezmos y de las dádivas y limosnas, pues la planta de la Iglesia que el debió aprobar de tres naves fué una de las más espaciosas de aquel entonces. En líneas generales pudieramos decir que el proyecto todo con su fachada principal y su torre, terminado por el 1659, resultó de lo mejor que se hizo en el Siglo XVII en La Habana. Ya habían llegado las modalidades barrocas a la arquitectura de la Ciudad.

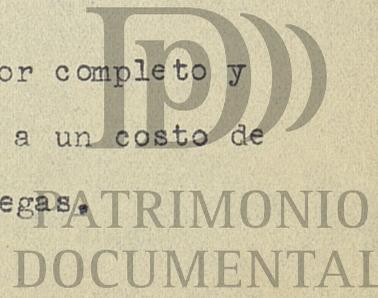
Tres años tenían las obras de construcción del Convento cuando fué trasladado el Obispo Cabezas a Guatemala y su sucesor Fray Alonso Enriquez de Toledo llegaba a La Habana en el 1611 después de haberse informado acuciosamente estando aún en España, sobre el "miserable estado de la diócesis". Para mejorarla é infundirle su severidad y rectitud se propuso trasladarla de Santiago de Cuba a La Habana, y al conocer que le faltaba al Convento de San Agustín la Real Cédula que le permitiera establecerse en la Ciudad, tuvo el propósito de demolerlo inmediatamente. No pudo lograr ámbos empeños que fueron a la vez causas de graves fricciones y desavenencias con el Gobernador Ruiz de Pereda, pero las obras se paralizaron. En el 1633 se emprendieron de nuevo los trabajos hasta la total terminación. "En el costado que cae a la calle de la Amargura existía una lápida con la siguiente inscripción: Acabose esta capilla de Nuestra Señora del Carmen con limosnas que dió esta Ciudad, siendo fundador y mayordomo Diego Rodríguez y Juan Santiago, año de 1659" (J. M. de la Torre).

Este Convento lo ocuparon los franciscanos y la Tercera Orden en el 1841 y la iglesia se encontraba en aparentes buenas condiciones por los años de 1918 al 19; sus bellas arcadas interiores con sus techumbres de madera, tanto las de la nave principal como los pequeños casquetes, o mejor pirámides de ocho lados que formaban los techos de las capillas laterales, su bien compuesta torre y los motivos de sus fachada, los analizamos en anterior estudio publicado en la Revista del Colegio de Arquitectos (Octubre de 1930).

En el 1608 y 1612, se habían edificado en la Ciudad más de 200 casas durante el gobierno de Ruiz de Pereda; el "situa- do de la Habana" para las obras de las fortificaciones era de 16,000 ducados; y las rentas públicas provenientes de los de- rechos de aduana, almojarifazgo y otros ingresos anuales ascen- dían a 20,000 ducados y desde el tiempo de Maldonado parte de las rentas públicas se aplicaron a las fábricas de los casti- llos y a otros usos, costumbre esta que continuó Don Pedro de Valdés.

A causa de las casas de madera y de los techos de guano, los incendios en la Ciudad durante los primeros años del Si- glo XVII eran muy frecuentes, y en abril de 1622, hubo un gran fuego que consumió noventa y seis casas cerca de la playa, quedando solo las paredes de las que eran de tapia o piedra. Por una de esas coincidencias entonces la Ciudad tampoco tuvo agua para apagar el incendio, el cual vino a ayudar al mejora- miento urbano porque en vista de las grandes pérdidas que les produjo a los vecinos, se destinaron 50,000 ducados para re- construir sus casas. Pensamos que las nuevas viviendas pudie- ron ser un poco mejores que las que se quemaron. El fuego des- pués se propagó al monte donde consumió cerca de una legua. La falta de agua se debió a reparaciones que se ejecutaban en la presa de la Chorrera para lo cual se había cortado la en- trada del agua a la Zanja Real.

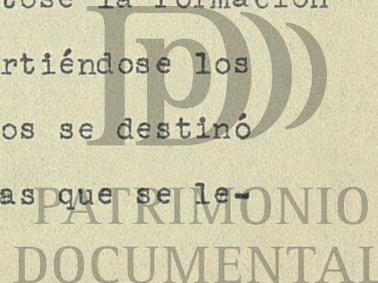
En junio de ese mismo año la presa cedió por completo y fué necesario reconstruirla, trabajo éste que a un costo de 84,112 reales hizo ejecutar el Gobernador Venegas.



En el 1632 se establecía en la Cienaga otra plaza pública, la cuarta, con que ya contaba la Ciudad. Esta plaza al siguiente siglo cambiaría su nombre de la Cienaga, por el de la Catedral.

En el 1638 edificaron unos negros libres una hermita bajo la advocación del Espíritu Santo; en el 1648 se construyó la Iglesia sobre los mismos solares que ocupaba la ermita que existía desde antes. En ese mismo año de 1648 a causa del aumento de población en la barriada fué declarada auxiliar de Parroquia. Allí se congregaba una confradía de negros y mulatos libres. En sus principios no tuvo más que un altar mayor y otros dos laterales y la pequeña iglesia que era de una nave, con techumbres de madera tenía su torre de tres cuerpos que fué de las más altas de la Ciudad. En el Siglo XVIII se amplió la Iglesia lateralmente con una órden de capilla de techos de cedro. Todavía conserva La Habana esta Parroquia la más antigua de la Ciudad con su arquitectura demasiado simple o pobre que permite facilmente su estudio.

En el 1640 se formó por acuerdo del cabildo la Plaza del Cristo llamada así por la Iglesia del mismo nombre que en ella se construyó. El cabildo quizo hacer una Ermita y Humilladero en el lugar en que existía un Calvario, el cual era el término de las estaciones que salían los viernes de cuaresma desde el Convento de San Francisco. Proyectóse la formación de la plaza para mayor ornato del templo repartiéndose los solares que le hacían frente. La venta de ellos se destinó para ayudar a la fábrica del convento de monjas que se levantaba en la ciudad por aquellos años.



El Cabildo dispuso que la Ermita se construyese con su frente dando a la calle llamada entonces de las Cruces (Amar-gura), "que es la misma por donde hoy se sale de esta ciudad al sitio que dicen del Calvario frente a ella en el Egido". Segun se desprende éste era el límite al O. de la ciudad en esos tiempos. El Cabildo cedió todo el terreno necesario al cuerpo de la ermita, ampliándola con espacios libres a ambos lados para mejor lucimiento de la fábrica.

En el 1672 fué trasladada la Congregación de San Felipe de Neri a esta Iglesia, que ya se le conocía con el nombre del Santo Cristo del Buen Viaje. En el 1693 fué declarada auxiliar de Parroquia.

El Obispo Don Juan de Santos Matías comprendiendo que la Parroquial Mayor resultaba pequeña y deslucida, decidió ampliarla en el 1666, reedificándola y dotándola de un nuevo orden de capillas laterales; ya la Parroquial contaba con una torre situada a Occidente hacia la izquierda de la puerta principal. Esta torre era muy ancha y poco elevada y tenía tres cuerpos encontrándose en el primero el baptisterio. Los altares y ornamentos de la Parroquial fueron importantes.

Como se vé por todo lo anterior en los primeros cincuenta años del Siglo XVII La Habana es una cantera donde se labran en distintos lugares las formas de modestas iglesias, amplios monasterios, conventos y otras iglesias más ricas. Y este ritmo de las construcciones religiosas continuaría con mayor aceleración en la última década de dicho Siglo; cada una de esas fábricas ocupó los terrenos de una o dos manzanas y la urbanización de la villa creció como si fuera a grandes saltos.

Primero se alinearon por las calles que después se llamarían de Cuba y Aguiar, produciendo en ellas pequeñas plazuelas como era costumbre, y por último se alinearon en la otra calle famosa que lleva el nombre del constructor de las iglesias y conventos que en ella se erigieron y que fué el Obispo de Compostela. De este laborioso prelado se decía en su tiempo que si Dios convertía las piedras en limosnas, Compostela a su vez transformaba las limosnas en piedras, atendiendo a los muchos templos que levantó solo con ellas.

La Iglesia del Santo Cristo del Humilladero que se empezó a construir en el 1640 logró con su modesta fachada y sus dos torres pareadas otra de las obras notables del Siglo XVII, y al convertirse a su vez en punto de término o de peregrinación de las procesiones que salían del Convento de San Francisco, y dar origen a la serie de cruces y altares que se levantaban en la calle de las Cruces ("Amargura"), creó lo que hemos dado en llamar el eje místico de la ciudadela religiosa, que casi fué La Habana, como respondiendo al auge que tomaron en España las congregaciones y órdenes monacales en esa centuria.

El Hospital de San Francisco de Paula y la Iglesia (1674), la que marca el límite o el extremo Sur adonde llegó La Habana en esa fecha, la hospedería para los carmelitas forasteros que se empezó donde hoy está la Merced (1637) el Convento de San Felipe de Neri (1693), el Santo Angel Custodio (1679), la Iglesia de los Belenitas y sus salas de convalecientes (1695-1704), el Convento de las Carmelitas Descalzas de Santa Teresa de Jesus (1700), la Iglesia de San Isidro (1700), y

por último el Convento de Santa Catalina de Sena, que se abre en el 1700 demuestran hasta donde llegaron las construcciones religiosas en el Siglo XVII.

Al Gobernador Don Juan Bitiran de Biamonte y Navarra, (1630 al 1634) se le debe la construcción de una torre de dos pisos sobre el baluarte N^o. del Castillo de la Fuerza, según la placa recordatoria que allí reza. Bitrián había sido marino, almirante de flota y con el objeto de comunicarse con el Morro y prevenir a la población sobre cualquier peligro de ataque o la presencia de navíos amigos o enemigos, hizo levantar la torre que tuvo la rara fortuna de conservar en su remate una obra de arte.

El historiador Pérez Beato en un trabajo publicado en la Revista del Colegio de Arquitectos en septiembre de 1929, que se titula, La Giralda del Castillo de la Fuerza, estudia y reproduce la pequeña estatua aprovechando la ocasión que le dió el derribo de la misma por el temporal del año 26. En ese trabajo señala el valor artístico de la figura de bronce que según el vulgo representa a la ciudad de La Habana, y como el autor tuvo la buena idea de colocar su nombre en un medallón pectoral donde dice: "Jerónimo Martin Pinzón, Artífice, Fundidor, Escultor"; después Pérez Beato llevado de su pasión investigadora descubre que dicho artífice nació y murió en La Habana.

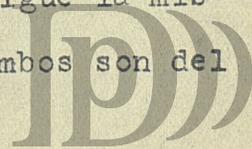
Esta obra de arte de la "Giraldilla" y la otra de las célebres mazas de plata que Bitrian ordenó para enaltecer al Cabildo habanero y que aun se conservan guardadas en el Ayunta-

miento, hablan mucho más de este periodo que las cortas y breves notas que le consagran los historiadores.

La lucha contra los rescatadores y más tarde contra la piratería a causa del monopolio comercial que ejercía Sevilla, llenan las primeras décadas del siglo XVII. Después las guerras que sostuvo España contra ingleses y holandeses y sobre todo la fama de que gozaba en aquel entonces la "Plate fleet", o sea el trasiego del oro y la plata de los reinos del Perú y de Nueva España, que tenían como punto de cita y de escala el puerto de La Habana, todo esto obligó a la Corona a mantener en el mejor estado de defensa los importantes castillos de la ciudad.

En el 1643 se aumentaban estas defensas con la construcción de dos torres fortificadas o castillejos en la desembocadura de la Chorrera y en Cojímar. Fué la rebelión de Portugal en el 1639, y los rumores que corrieron sobre proyectados ataques a La Habana de holandeses y portugueses juntos, lo que hicieron que el Gobernador Don Alvaro de Luna y Sarmiento construyese rápidamente las dos torres que ya desde el 1635 se habían dispuesto levantar. Para dirigir los trabajos hizo venir de Santiago de Cuba al ingeniero Juan Bautista Antonelli (hijo) quien las terminó en el 1643. En la obra de la Wright se reproducen los planos del fuerte de la Chorrera, uno de ellos hecho por el capitán Juan Alferez y el otro que sigue la misma composición por Maestro Mayor Andres Valero; ambos son del año 1635.

Finalmente y para hacer a la ciudad invulnerable por tierra como casi lo era por mar se dispuso por Real Cédula desde el



1656 la construcción de las fortificaciones de las Murallas; pero después de varias tentativas no se empezaron en firme hasta el 1674. Las obras de este recinto amurallado que iba desde la Punta hasta el Hospital de Paula produjeron en ese siglo la arquitectónica puerta de Tierra del 1688 y la Puerta de la Tenaza. Por el 1740 se habían terminado, aunque los fosos y el camino cubierto se completaron en 1797.

Después del plano de La Habana del 1603, como dijimos en las primeras páginas, no aparece otro documento gráfico que nos permita seguir el estudio de su desarrollo que el grabado con la vista de la ciudad de 1637, de la obra de T. Gages.

Analizándolo se observan bastantes coincidencias entre la visión del artista que tuvo ante sus ojos aquella Habana y lo que realmente existía en ese entonces, pero todo esto dentro de la fantasía del autor, además de las deformaciones y simplificaciones comprensibles en el dibujo.

Los tres castillos, el del Morro, el de la Punta y el de la Fuerza se reconocen poco mas o menos variados en sus formas pero en los mismos lugares que ocupaban; la casa donde se alojaban los soldados en el patio del Castillo de la Punta y el canal de la zanja real que alo alimentaba, se ven con claridad en los primeros planos. Después domina entre los edificios religiosos y con su portada al norte la Iglesia Parroquial, de la que sabemos tenía en su frente el escudo de armas de su real patrono. Al lado de ella, a su izquierda se vé su torre de campanario; y el convento de Santo Domingo con su torre también se puede identificar. Estas son las dos primeras torres

que parece existían en La Habana en aquella fecha.

Las casas con frente al mar que ocuparon aquellos lugares donde antes habían levantado sus bohíos los esclavos del Rey que trabajaban en las fortificaciones y en los conventos, se ven claramente alineadas formando calles paralelas al litoral siguiendo el pequeño desplazamiento de la villa hacia la fundición que anotamos anteriormente.

Pero lo que se levanta sobre unas rocas casi a flor de agua y separada de los muros y bastiones del Castillo del Morro. En los planos del propio castillo hecho por Juan de la Torre en 1612, que era entonces el maestro mayor de las fábricas de la ciudad no aparecen sobre sus plataformas la planta de la farola; aunque en varias esquinas tenga garitas o torrecillas para guarecer la guardia, en ese plano se observa una roca aislada en el vértice o saliente mas agudo sobre el mar.

Es comprensible por los peligros de un derrumbe sobre los defensores en caso de ataque que de haber habido faro no se proyectase este junto a los lugares entonces ocupados por los cañones y que se escogiese el vértice que forma allí la roca aislada.

Este razonamiento nos hace darle una cierta veracidad a la farola que trae esta vista de La Habana la cual fue considerada por algunos historiadores y por nosotros también, como un exceso de imaginación del autor o que, no había estado en la ciudad el que realizó el dibujo.

Pero esta forma extraña de la farola se repite en otro grabado o vista de La Habana hecho por Montanus en el 1671; este último que parece más falso todavía, se ha considerado

como una ampliación o derivación del de Gages, aunque el error que sufrió este en la medida de la boca del puerto que así lo lleva, por su estrechez, a ponerle una cadenita de reloj para cerrarlo, en Montanus ya está corregido. También esta forma de farola aparece en otro grabado muy raro de 1762 donde se vé a la escuadra de Albermarle y Pocock atacando el Castillo del Morro. (Esta estampa pertenece a la colección del Dr. Mario Sánchez Roig).

Sin embargo Irene A. Wright que ha seguido la historia de las fortificaciones sobre todo la del Morro hasta el 1639 no nos dice nada referente a la construcción de un faro, y por tanto nos cita entre otros hechos, la inspección que realizaron en el 1633 el Gobernador Bitrian, el Marqués de Cadereyta con los tres ingenieros José Hidalgo, Juan Bautista Vandazo y Francisco de Tassa, quienes examinaron detenidamente el Castillo y estimaron que las obras de reparaciones y modificaciones costarían cincuenta mil ducados. También el Gobernador Alvaro de Luna en 1639, igualmente prestó inmediata atención a reparar los daños que el huracán de 1636 le había hecho al Castillo del Morro y que Riaño el anterior Gobernador los tasó en diez mil ducados.

Como se observa aun no ha aparecido ningún dato concreto que permita concederle alguna verosimilitud a la fantástica farola, la cual en aquella época de mares infectados de piratas y escuadras enemigas casi no tenía razón de existir. Ahora bien, quedan por aclarar la fecha en que se levantó el primer faro (5) y donde se situó este si sobre la plataforma o sobre las rocas. Suponemos que en el Archivo de Indias o en las Ac-

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

tas Capitulares se encontrarán estos datos, además de otros planos de la ciudad del siglo XVII que permitan continuar los estudios. Tiene que existir en algún expediente un plano del 1656 donde se trazan las Murallas.

N o t a s

(1).- Este plano de Roda hecha por tierra el loable esfuerzo imaginativo realizado por Don José María de la Torre en el 1857 cuando reconstruyó un plano indicando como era La Habana a principios del siglo XVII y que fué publicado en su obra Lo que fuimos y lo que somos.

(2).- Andrés Valero sucedió a Juan de la Torre como Maestro Mayor de las fábricas de la Villa de San Cristóbal.

(3).- Esta portada que la forman dos pilastras dóricas con retropilastras, sosteniendo el entablamento y un fronton abierto y que contine en su interior un nicho al cual remata una corona, obligando a la pequeña moldura horizontal que termina el muro a interrumpirse, esta portada que a simple vista se vé su falta de similitud y concordancia con los órdenes superpuestos de la fachada principal y que aun en su interior el arco de la puerta que ella encierra no concuerda su centro con las bóvedas y las arcadas de las capillas laterales, esta portada repetimos, junto con la balaustrada superior y las gargolas o ladrones creemos que fue hecha en las últimas décadas del siglo XVI.

(4).- Ya desde el 1582 se había inaugurado en Madrid una Escuela de Arte de la cual nombraron Director en el 1584 al célebre Arquitecto español Juan de Herrera. Esta Escuela tenía por misión encargarse de la educación metódica de las sucesivas generaciones de arquitectos y facilitar conjuntamente las publicaciones de notables trabajos científicos con el auxilio del Estado. En arquitectura los únicos escritos que se conocían eran los de Diego Sagrado y una traducción de los libros de Serlio. En el 1582 publicó Francisco Lozano, Alarife de Madrid Los Diez Libros de Arquitectura de León Baptista Alberti, y Patricio Caxeri procedente de Arezzo publicó en 1593 La Regla de los cinco ordenes de Arquitectura de Jacome de Vignole añadiéndole trece dibujos de portadas romanas célebres del Renacimiento que no figuraban en el original italiano. También se publicaron las obras tituladas "Varie Commensuración" y "Teoría y Practica de fortificación conforme a las medidas y defensas de estos tiempos de Cristobal de Rojas, en el 1598. Estos libros, así como las construcciones de los Arquitectos Españoles serían las fuentes que guiaron a los maestros y alarifes durante los primeros años del Siglo XVII, interviniendo en el proceso creativo o en las simplificaciones y modificaciones que ellos introdujeron, en estado social y económico de las diversas colonias.

(5).- En el 1610 se construyó el famoso faro de Corduan sobre una roca aislada en la embocadura de la Gironda, Fran-

cia, y fué uno de los más notables por su proporción y arquitectura. Esta obra hizo escuela y durante el siglo XVII empezaron a levantarse faros en los demás países.

IV Congreso Nacional de Historia, sección I, Santiago de Cuba, octubre 8-11 de 1945.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA